

EMPECEMOS A JUZGAR: ES EL COMIENZO DE LA LIBERACIÓN

Testimonio y síntesis del Equipo
de Gioventù Studentesca

La Thuile, 8-10 de septiembre de 2023

No se oye nada. Piensas que será por el cristal que protege la balconada que da al salón del hotel Planibel en La Thuile. Pero no. Aunque cambies de sitio, no cambia nada. Más de seiscientos bachilleres (acompañados por varios adultos o profesores) llenan las filas de butacas sin hacer el más mínimo ruido, esperando a que empiece el Equipe de los Bachilleres. Normalmente hay música acompañando la entrada: Beethoven, Chopin... Esta vez no. Son los últimos retazos de las vacaciones y dentro de unos días todos volverán a clase. Y como llegan aquí desde toda Italia (y fuera de ella), después de tantas semanas o meses sin verse, quién sabe cuántas cosas tendrán que contarse. Pero nada. Todos en silencio. Mejor dicho, todos esperando. Porque no podemos acostumbrarnos al hecho de que haya música a la entrada, pues no es un accesorio estético, para poder disfrutar también de ella, como se explica poco antes de que las notas de la Incompleta de Schubert invadan el salón. Ahora tienen un sabor distinto, un sonido más interesante, un rostro amigo.

«Todo es dado y todo es nuevo», comenta Matteo Severgnini, Seve, profesor encargado de acompañar a los bachilleres este fin de semana de principios de septiembre. «El corazón ya está dominado por una Presencia». Se refiere al suyo, al mío y al de los chavales.

Todos perciben ese vértigo. No es una interpretación ni una sugestión, lo ves en decenas de caras, y será siempre así durante los dos días siguientes. Es mucho lo que está en juego, se ve desde el principio. No puede ser de otro modo cuando se habla de heridas, deseos, afecto, vocación ideal... a jóvenes de 14, 15, 16 años con el corazón lleno de exigencias: belleza, justicia, verdad, felicidad. Ser amados.

La excursión del sábado por la mañana, el espectáculo de las montañas contempladas en silencio durante la subida, los cantos en la cumbre, la misa... todo, más que un factor de cansancio, se convierte en un trampolín para decenas de manos alzadas durante la asamblea de la tarde con Davide Prosperi, que viene a verlos desde Milán. Pietro, Roberto, Maddalena, Caterina se suceden al micrófono y se

exponen: la relación con sus padres, con sus amigos, con el novio o la novia, el estudio, lo que les pasa en clase o fuera de ella... Davide y Seve responden y devuelven preguntas. Una palabra tras otra, cada vez se va haciendo más comprensible, más aún, cada vez se saborea mejor ese gusto que describe Prospero cuando habla de la amistad. «Se ve quiénes son mis amigos no solo porque estamos bien juntos –eso es una consecuencia– sino por cómo cambia mi relación, mi juicio sobre la realidad». La cuestión entonces es que lo que hace gustosa la vida se vuelva cada vez más familiar, continúa Prospero, recordando que es un don que hay que pedir continuamente: «Solo así uno puede empezar a probar un gusto nuevo. En todo».

Palabras que se hacen carne por la noche, al volver a proponer –en una versión más breve, pero no menos intensa– el concierto dedicado a Adriana Mascagni en el Meeting de Rímimi pocos días antes. Y aún más a la mañana siguiente, cuando Francesco Fadigati, profesor, los deja a todos pegados a sus sillas mientras les cuenta su historia, que podéis leer a continuación. Seiscientos jóvenes escuchando a un hombre que habla de su vida cuando era un chaval que iba al colegio, de su encuentro con los Bachilleres, de la muerte de su padre, de sus amigos en la universidad, hasta de su decisión de entrar en los Memores Domini. La platea entera escucha conmovida. Cuando habla de sí mismo, de sus padres, de sus amigos, de su amor, también está hablando de ellos. Las mismas ansias, las mismas heridas, los mismos deseos. El mismo Hecho que mendiga el corazón de cada uno. Es asunto suyo, totalmente suyo.

Seve, tratando de ordenar, en la síntesis que cierra estas páginas, lo que todos han visto suceder en menos de 48 horas en La Thuile, lee un sms que una chica le ha enviado a un amigo: «Esta felicidad es para siempre, la llevas dentro del corazón. No veo la hora de llevarla a casa, de contarle todo a mis amigos. Quiero que disfruten de todo lo que he oído... tienen que escuchar lo que mi corazón quiere gritar».

Paolo Perego

TESTIMONIO

Francesco Fadigati

Matteo Severgnini (Seve). Le hemos pedido a Francesco Fadigati que nos cuente su vida. Os pido que le escuchemos como si estuviéramos de puntillas porque nos adentramos en algo tan sagrado como es la vida de cada uno de nosotros. Él nos va a ayudar a introducirnos en el tema de este equipo: “Empecemos a juzgar: es el comienzo de la liberación”. Francesco es profesor de Lengua, director de un instituto y escritor. Para mí es un amigo vocacional, uno de esos que cuentas con los dedos de una mano. No sé si vosotros tenéis amigos así, de esos que dices: «Con estos me voy al Paraíso, me la juego y gano».

Francesco Fadigati. Voy a intentar mostraros los puntos más amados, más queridos de mi vida. En esos casos las palabras siempre se quedan cortas ante la experiencia, pero voy a intentarlo. Me gustaría empezar por algo que también os ha pasado a vosotros, por mi primer encuentro con esta amistad, con la realidad del movimiento. Tenía 14 años, estaba en Sanremo, donde nací, y una tarde mi hermano mayor –con el que me peleaba bastante pero al que quería mucho– me invitó a un encuentro con un tal don Pino De Bernardis. Yo no quería ir, tenía ensayo con mi banda, pero como me atraía lo que veía en mi hermano fui. Esto ya dice mucho de lo que significa invitar, a veces torpemente como hizo él conmigo, a alguien que aparentemente no tiene nada que ver. Porque yo esa tarde tuve un encuentro que cambió toda mi vida. Ahora, con 42 años, miro ese día sabiendo que todo lo que ha venido después –como amor, afecto, intensidad de vida, caídas y perdón– nació entonces. En un momento preciso.

Esa tarde me senté en la penúltima fila, esperando que acabara pronto, pero me quedé pegado a ese rostro, a sus gestos, a la persona que era ese hombre. No entendía muy bien lo que decía, pero hay algo que tenía muy claro: ese hombre era auténtico, estaba seguro de lo que decía, llevaba algo que tenía que ver con una palabra que

nadie se atreve a pronunciar de verdad, la palabra “felicidad”. Vi una intensidad en su mirada, oía palabras que no entendía pero me parecían llenas de sentido, cargadas de una promesa de vida que parecía que yo estaba esperando. Tenía delante lo que ahora reconozco como una “presencia”, alguien que lleva dentro de su carne un hecho indiscutible: hay Alguien que habla con la voz de este hombre y le habla a mi corazón. Al final de esa tarde, le hice la única pregunta que me parecía sensata, la única que era capaz de hacer. Fue a estrecharle la mano porque quería sentir cómo era la mano de un hombre feliz, le miré a la cara y le dije: «¿Cómo puedo volver a verte?».

Mucho tiempo después me enteré de que yo, a mis 14 años, estaba haciendo la misma pregunta que dos mil años antes le hicieron los dos primeros apóstoles a un hombre fascinante que vieron y oyeron hablar: «¿Dónde vives?». Al cabo de un mes, le pedí a mi hermano que me llevara a otro encuentro con él. Después fui a mis primeras vacaciones de Bachilleres, donde descubrí algo extraordinario. No solo se trataba de un hombre excepcional, sino de toda una compañía de gente. La misma que me conmueve ahora con vosotros. Una compañía de rostros igual que todos, pero en los que vivía Algo o Alguien que me desvelaba de manera inexplicable mi propio corazón. Y mientras me lo desvelaba, ya le daba respuesta. Yo estaba totalmente noqueado por este descubrimiento. Había un lugar con gente de mi edad, llenos de límites como yo, llenos de incertidumbres pero con una certeza: la de Aquel o la de ese “algo” que habita entre nosotros. Cuanto más estaba con ellos, más crecía mi pregunta: «¿Qué os hace ser así? ¿Qué nos hace cantar así, estar juntos así?». Desde el primer momento recibí una respuesta que no entendía, pero que aceptaba: «¿Sabes por qué somos así? ¿Por qué percibes aquí algo excepcional que habla a tu corazón y te hace ser tú mismo? Porque entre nosotros está Jesucristo, ese hombre que vivió hace dos mil años y que sigue vivo entre nosotros». No lo entendía, ¿pero os dais cuenta de que no podía despreciar esa respuesta? Porque venía del lugar más fascinante y convincente que había visto nunca. Así que escuchaba esa respuesta y, al volver a casa, ¡yo también la repetía! Sentía que había algo verdadero. No lo entendía, pero quería ir y ver.

En Sanremo había un grupito de pocas personas, a veces éramos dos, a veces diez... El grupo más numeroso estaba en Chiavari, con don Pino. Con 15 años me subía al tren tan contento durante horas aunque solo fuera para comer con él porque me alimentaba de ese “algo” que me hacía volver a casa con un deseo inmenso de vivir de verdad. Mientras iba andando al colegio, repasaba los rostros de mis amigos y las palabras que nos decíamos, las palabras de un tal “don Giussani”. Muchas veces no las comprendía, pero veía que describían mi vida totalmente. Por eso las rumiaba, las aprendía de memoria: *experiencia, comparación con el corazón, acontecimiento...* Sentía que eran un trampolín que me lanzaba a vivir. Eran palabras cargadas de rostros, cargadas de una presencia.

Desde el principio de mi historia sentí el deseo de compartir esta noticia con mis amigos: «¿Sabes lo que he encontrado? No es una idea, sino una compañía llena de ideas, ideas de verdad, ideas verdaderas sobre la vida, porque está dominada por la verdad, una verdad viva». Quería contárselo a los de la banda, que me tomaban el pelo, a mi mejor amigo, Jacobo, a mis compañeros de clase... los invitaba, un poco torpemente, y muchos me decían que no. Pero cada vez que lo intentaba, salía a relucir todo el amor que sentía por esta compañía y por ese nombre desconocido que ya empezaba a amar, Cristo. Los misioneros que se marcharon a América a evangelizar en la selva tenían ese mismo punto de amor y de misión que yo a los 15 años, intentando decir a mis amigos: «¡Lo que buscamos existe! ¡La respuesta a nuestras preguntas –nuestras preguntas más acuciantes– existe! Por eso podemos mirarlas sin miedo y con afecto». Ya era “misión” porque cada vez que me arriesgaba comprendía mejor la certeza de este amor.

Pero el valor del encuentro lo tuve que profundizar meses después. A los pocos días de empezar cuarto, mi padre, que trabajaba como topógrafo de ferrocarril, tuvo un accidente y se rompió la cadera, pero su cuerpo ya llevaba tiempo luchando –yo no lo sabía– con un grave tumor, así que estuvo año y medio en cama, sufriendo mucho, y murió cuando yo estaba en quinto. Durante ese tiempo pude ver que lo que había encontrado tenía la pretensión de resistir incluso ante la muerte. Para mí era durísimo volver de clase y ver a mi padre

tan frágil, verlo sufrir a él y a nosotros tan cansados, tan agotados. Pero soy incapaz de separar el recuerdo de ese tiempo de la amistad que me acompañó. ¡Incluso con adultos! Mis padres en aquella época estaban afianzando su relación con el movimiento y sus amigos venían a vernos. Recuerdo especialmente a Aldo, el más tímido de la compañía, que durante su pausa para comer venía todos los días a casa para pasar veinte minutos tomando un café con nosotros y con mi padre. Pude ver que esta compañía llevaba dentro un amor que llamaba a la puerta de nuestra casa. Hasta un minuto antes los tres hermanos podíamos estar peleando, mi madre rota de dolor, cansada, mi padre quejándose por los dolores... pero cuando entraba Aldo todos nos volvíamos más humanos. Mi padre volvía a hablar de las cosas que le apasionaban, mi madre le colocaba los cojines con más delicadeza y nosotros intentábamos portarnos bien. No por dar buena imagen ni porque Aldo pudiera regañarnos ni porque fuera especialmente “carismático”, sino porque traía a casa el calor del carisma y de la amistad que vivíamos. Nos traía a casa todo el respiro del movimiento, de esta amistad dominada por Alguien que te dice: «Yo estoy contigo todos los días». Por tanto, también delante de tu padre. Entraba una presencia, un amor.

Así fue como esa respuesta que me habían dado desde el principio empezó a hacerse más familiar para mí: Jesús tenía que ver con ese amigo que venía a tomar un café contigo. Creo que por esta fidelidad, por este amor que abrazó a toda mi familia, una hora antes de morir mi padre nos convocó en su habitación a los tres hermanos, uno por uno. A mí me dejó el juicio educativo más profundo y verdadero que me han dado nunca. Me estrechó la mano, igual que yo había hecho con aquel sacerdote, me miró a la cara como se miran dos hombres y me dijo un par de cosas: «Eres brillante». Me lo dijo con una sonrisa y sabía perfectamente que la liaba cada dos minutos, pero era como si me estuviera diciendo: “tú eres un bien y tu vida se está llenando de bien”. Luego añadió: «Nos vemos». Y me lo dijo sonriendo. Con una sonrisa que no nacía de un esfuerzo, sino de todo ese amor que habíamos recibido. No entendí muy bien su despedida, pero os aseguro que la llevo conmigo, escrita en el corazón, como una de las promesas más verdaderas. «Nos

vemos», es decir, no estamos hechos para morir, sino para la eternidad. Recuerdo el funeral, el féretro y el instante en que entraron mis amigos de Bachilleres, ese pedazo de la Iglesia en el que había encontrado a Jesús. Cuando los vi, sentí que delante de la muerte de mi padre no estaba solo, pero no porque hubiera alguien abrazándome o dándome una palmada en la espalda. No, esos amigos traían consigo esta promesa: «Tú estás hecho para la eternidad. A quien me siga le daré la vida eterna y el ciento por uno aquí abajo». El ciento por uno ya lo estaba empezando a vivir. No veo la hora de entrar en la vida eterna definitivamente, ¿pero os dais cuenta de lo que significa estar así delante del féretro de tu padre? Solo por eso podía abrazar a todos con una sonrisa. No era un loco ni un visionario. Tenía allí delante esa promesa, viva, la podía tocar en ciertos rostros: la vida es para la eternidad, hay Uno que salva la vida.

Tal vez la mayor pretensión que esta compañía ha traído a mi vida es que no era simplemente para ciertos momentos de especial belleza, ni solo para estar delante del dolor, donde la naturaleza ya parece sacar de ti todas las energías para sostenerte en pie. Esa compañía pretendía entrar en el mayor desafío que existe: la vida cotidiana. Todos estamos dispuestos para grandes empresas, pero la mayor empresa es vivir y no soportar la vida cotidiana. Yo quería que aquella belleza tuviera que ver con mi manera de entrar en clase, que no se quedara fuera dando paso a la apisonadora... la belleza que vi esos días ¡me la quería llevar a clase al día siguiente! Recuerdo el momento en que me di cuenta de que estaba entrando y con fuerza. Tercer curso de liceo, mes de mayo, mi instituto daba al mar... ¿quién iba a atender en clase? La profe de lengua estaba explicando a Petrarca y yo estaba allí dibujando en la mesa cuando oigo que ella, suspirando, dice: «De todas formas, al final Petrarca era tan deprimente como todos los autores cristianos». ¡Levanté la mano de golpe! Mis compañeros debieron pensar: «este quiere ir al baño», porque esa era la media de mis aportaciones en clase. Sin embargo, me había visto obligado a comparar inmediatamente, dentro de mí, lo que había oído con la experiencia tan poderosa y sugestiva que estaba entrando en mi vida. De todas las personas que había conocido, las más vivas vinculaban su belleza precisa-

mente al hecho de ser cristianas. ¡Lo más intenso y lo menos deprimente que había encontrado era justamente el cristianismo! Por aquel entonces yo no sabía nada de Petrarca, conocía poco a los autores cristianos, pero había algo que sí sabía: ¡tenía que haber un autor cristiano que no fuera deprimente, uno! Entonces dije: «Profe, mire, yo creo que lo que ha dicho no es cierto». Mis compañeros me miraban como diciendo: “¿qué estás haciendo? Estamos en mayo, tratemos de sobrevivir...”. Pero ella, que era una gran mujer porque era leal, tuvo una idea genial desde el punto de vista educativo. Me retó: «¿Ah, sí? ¿Eso es lo que crees? Te doy dos semanas. Si encuentras un autor cristiano que no sea deprimente, te pongo buena nota». «Vale». Imaginaos mis amigos... Pero yo de verdad quería ver de qué forma lo que había encontrado, que estaba mostrando su verdad en todo lo demás, ¡también era verdad ahí! Aquella fue mi primera experiencia de estudio. Porque estudiar de verdad significa empezar a dialogar con Dante, con Manzoni, con Vivaldi, a la luz de una hipótesis de sentido... Me resultaba imposible hacerlo solo, así que volví a casa y empecé a llamar, a mi amigo Giorgio, profesor de Filosofía, a mi amiga Anna, una gran lectora, a mi prima que estudiaba Filosofía, a otro amigo que sabía de música... Les pedí consejo a todos y me puse a estudiar con dos o tres bachilleres. ¡Qué gusto, amigos! Fue la primera vez que vi que el estudio tiene *inter-és*, que “está dentro” de este diálogo fascinante, donde Manzoni ya no es el rollo que tienes que estudiar para sacar buena nota, sino alguien que te habla del amor entre Renzo y Lucia, y te pregunta: «Y tú, ¿cómo vives el amor?». Por primera vez me di cuenta de que envidiaba el amor entre Dante y Beatriz, esa certeza, esa seguridad... Después de dos semanas, llegué a clase con mi radiocasete, tres fotocopias llenas de notas y varias poesías y fragmentos de obras que había leído. Tuve mi primera experiencia dando clase. Aún hoy, lo que hago en clase con mis alumnos es participar juntos de este “diálogo”. El diálogo entre mi corazón que se despierta por el encuentro que he tenido y Dante, Leopardi, las matemáticas... Empecé a estudiar así, a disfrutar del estudio. Me interesaba ese diálogo. ¿Qué es el estudio? Un amigo que te dice: «Atrévete a compararte con todo». Imagina que la vida por fin fue-

ra tuya, entonces el estudio deja de ser algo que hay que soportar y se convierte en este diálogo donde tú eres el protagonista y Dante se hace amigo tuyo. Pude ver que, al despertar mi corazón, todo empezaba a hablarme con más verdad. Y así sigue siendo. ¡Cuánto me cambian las intervenciones de mis alumnos en clase! Porque esta compañía me acompaña en cada instante. Gracias a este amigo, Jesús, al que le puedes pedir: «Quiero verte aquí también, en clase», gracias a los amigos que llevas dentro de ti.

Cuanto más estaba con esta compañía, más veía crecer mi deseo de afecto, de amar y ser amado. En esa época conocí a una chica de la que me enamoré y empezamos a salir juntos. Al principio hay un momento muy puro, casi mágico, la curiosidad que suscita la sorpresa de que el otro existe, el deseo de escuchar y escucharse, de reconocerse en los ojos del otro. Creo que todos, todos los habitantes del mundo, desearían que las relaciones siempre estén en ese inicio. Pero por desgracia siempre sucede lo mismo: las relaciones, tarde o temprano, es como si empezaran a corromperse. En lugar de esa curiosidad, tan llena del misterio que es la otra persona, se abre paso el dar por descontado al otro. En lugar del asombro, la posesión. Una instintividad que te llena de rabia, de celos, de resentimiento, cosas que crees que el otro te debe. Una noche en concreto –llevábamos un año juntos– salimos y todavía recuerdo la sensación de ahogo que tenía. Por mucho que nos abrazáramos, no podía quitarme de encima una última extrañeza que me pesaba mucho. Estábamos como distantes, aunque estuviéramos pegados, en el fondo tristes. Y lo peor es que teníamos que mentir para decirnos que todo iba bien. Pero qué diferencia cuando, al verano siguiente, fuimos juntos a las vacaciones de Bachilleres, que para ella eran las primeras. Nunca olvidaré dos momentos: uno en la excursión. Me paré con varios amigos en la típica pedrera para echar una mano a los que iban pasando. Cantábamos y ayudábamos. Qué impresión cuando pasó ella, me miró y me sonrió. ¡Qué estima infinita! Qué afecto lleno de respeto y amor pude ver en ella y en mí. Ella veía que lo que yo estaba haciendo era hermoso e importante para todos, para ella no era un problema que le estuviera dando la mano a las demás chicas, ni para mí que ella fuera charlando con otros.

Estábamos unidos delante de la misma belleza y disfrutábamos de que el otro disfrutara, según la altura de su corazón y la forma única de la implicación de cada uno. El segundo momento fue cuando don Pino, en silencio, nos puso delante la belleza de los Dolomitas. No estábamos cerca, yo la veía al fondo. Años después me encontré con esa misma escena en el *Paraíso* de Dante. La veía de lejos, pero ante la misma belleza que nos llenaba el corazón. Luego lo comentamos. Los dos estábamos experimentando el mismo asombro, el mismo estupor y el mismo silencio. Y nos sentíamos totalmente libres, y al mismo tiempo profundamente ligados. Nosotros no lo sabíamos, pero a los 17 años en esa excursión descubrimos una de las experiencias más grandes de mi vida: la virginidad, como la llama Giussani, como la indica la Iglesia. Es una mirada que ama al otro, que aferra al otro en su relación con la Belleza, en su relación con el Destino, con la felicidad y el infinito a los que está destinado. Juntos delante de Aquel que llena tu corazón ahora. Pero fijaos, amigos, en los momentos más intensos de estos días, quizás está aquí la chica que te gusta y a ella le está pasando lo mismo, ¡cuánto os une esto! Sin rozarse, ¡pero qué cercanía! Para mí fue una experiencia luminosa. Al volver de esas vacaciones ya no podíamos conformarnos con menos. Nos equivocábamos, pero no podíamos conformarnos. Habíamos visto lo verdadero que era amarse con ese respeto, con esa delicadeza en la pasión por el otro. Que tú puedas ser feliz. Así es como las relaciones duran, chicos. Entonces no cansan porque son constantemente el signo de esa eternidad que perdura. El otro es un don.

Después de la primera noche aquí, un joven amigo me dijo: «Profe, ahora tiene que explicarme por qué tomó cierta decisión». Sabe que pertenezco a los *Memores Domini*, que viven la memoria de este encuentro. Imaginaos lo que es vivir siempre llevando dentro este afecto vivo por lo que encontramos aquí. *Memores*, los que recuerdan al Señor, que domina nuestro corazón, que lo llena ahora. ¿Por qué pertenezco a esta compañía maravillosa? Cuando llegué a la universidad solo tenía un problema, ni qué salidas tendría, ni las notas que podía sacar... mi único problema era: «¿Dónde puedo volver a encontrar esa presencia, esa mirada, a ese hombre tan fas-

cinante?». Con 19 años podía decir con más familiaridad el nombre –que siempre me hace temblar– de Jesús. ¿Puedo encontrarlo aquí? El regalo fue que, desde el primer día, tuve respuesta para mi deseo. Al llegar a la universidad conocí a los amigos de los que antes hablaba Seve. Primero él y luego otros rostros muy concretos, Francesco, Stefano, Fabrizio, Mega... Venían de Casale Cremasco, de Reggio Emilia, de Stagno Lombardo, de Imperia... y allí estaban con el mismo deseo. Se habían encontrado con la misma compañía que yo, con el protagonista de esta compañía, y estaban fascinados. Solo deseábamos sumergirnos de corazón en esa vida que es el movimiento. Nació una amistad de otro mundo..., ¿os lo imagináis? Poder decir con certeza: ¡este amigo es para siempre! No como la frase que sale en los bombones *Baci Perugina*, sino como algo real, vivido. Después de tantos años, esa amistad sigue creciendo, en profundidad, en la belleza que vivimos, en el asombro por el otro. ¿Qué quiere decir una «amistad vocacional»? Que nuestro estar juntos ha sido desde entonces hasta hoy, hasta esta mañana en el desayuno, una ayuda para estar delante de Aquel que nos ha atraído a cada uno para hacer nuestra vida más humana, más intensa, continuamente. Esto es imposible si estamos solos, ha sucedido porque de forma natural hemos seguido juntos a un adulto que nos fascinaba. Y nos fascinaba porque toda su vida estaba marcada por esta Presencia. Más aún, en su vida ese encuentro se había convertido en una tarea, ese acontecimiento moldeaba su figura, así que no había tiempo que perder. Daba la vida –se veía en él– por lo más verdadero. Con un amor ardiente por los demás y por el mundo, que también espera esto. Nos salió como algo natural el seguirle. Se llama Stefano Alberto, “don Pino” para los amigos. Para nosotros, ser amigos coincidía con ir detrás de este hombre. Él debía haber visto algo en estos “pintas” porque una noche nos invitó a los cinco a cenar, nos juntó en el apartamento con otro que se llama Federico y nos dijo: «No queráis ser grandes solistas. Daos espacio, mirad al protagonista de vuestra amistad, que es Cristo, y construid juntos el Reino de Dios». ¿Sabéis lo que es que te digan eso a los 18-19 años? Estás hecho para construir el Reino de Dios, te necesita. ¿Cómo? Dejando espacio al Protagonista de la vida.

Entonces, chavales, ¡la vida te estalla entre las manos! Te apasionas por estudiar, leer la prensa, hablar de política, debatir, intentar juzgar las cosas que pasaban en la universidad... Luego te apasionas por Dante cuando conoces a Franco Nembrini, fundas con él la asociación Centocanti, te tomas en serio la escritura, transformas una pasión en una tarea que todavía hoy perdura. Y cuanto más vivíamos esto, más crecía una extraña nostalgia. Cuanto más aumentaba esta intensidad, más me urgía buscar la raíz de esa belleza. Recuerdo que después de varias jornadas como estas, cuando volvía a casa me costaba dormir porque en medio de la oscuridad de la habitación yo decía: «Pero entonces... ¡Pero eres tú! ¿Pero quién eres tú? Rostro fascinante, amigo fascinante, que cuando tenía 14 años tocaste mi vida y la sigues tocando, llenándola de vida, de Tu vida». Repetí lo mismo que me dijo ayer un amigo después de la asamblea: «Profe, pero entonces era Él. Siempre era Él». En todo lo que he vivido estos años, era Él quien me llamaba. Yo me encontraba diciendo “eres Tú”, que es muy distinto. Es lo mismo, pero dices “Tú”.

Después de tres años de relación con mi novia, decidimos dejarlo y verificar cada uno su camino. Y este “Tú” se hizo tan imponente que en el segundo año de carrera surgió en mí un deseo que casi me daba vértigo: «Pero si eres Tú quien llenaba los ojos de aquel hombre (don Pino) que conocí a los 14 años y lo sigues llenando de vida ahora, si eres Tú el extraño protagonista de esta amistad cuando cantamos, si eres Tú quien hace vibrar mi corazón, si eres Tú quien ha hecho tan vibrante, hermosa y virginal mi relación con la chica de la que estoy enamorado... Pero si eres Tú, yo quiero estar contigo siempre, en cada instante. Quiero que mi vida seas Tú. Quiero vivir contigo, quiero vivir para ti, más aún: quiero vivir en ti». Eso es lo que la Iglesia nos invita a repetir en misa: «Con Cristo, por Cristo, [más aún:] en Cristo». Al día siguiente se lo conté a un amigo que siempre me impactó por la audacia y la libertad con que se abandonaba a los brazos de ese “Tú”, que era Seve. Desayunando en el bar *Nord Est*, le miré a los ojos y le dije, un poco nervioso: «Mira, Seve, ni siquiera sé cómo decirlo, pero me ha surgido este deseo... Si entre nosotros, si lo mejor que tenemos, si lo que nos

hace libres, libres del miedo y amantes de la vida se llama Cristo, ¡yo quiero vivir siempre por Él!». Se lo conté temblando, ¡y él se echó a reír! Una carcajada preciosa, como del paraíso. Y me dijo: «¡Ostras, Fra, desde hace unos meses yo solo vivo por eso!». Por eso somos tan amigos. Por eso es tan amigo.

Al salir de aquel bar le dije una frase que me recuerda a la de los discípulos de Emaús: «Seve, me ha pasado algo. Que sepas que este desayuno me ha cambiado la vida». Al día siguiente se lo conté a don Pino, que no se echó a reír, y me dijo: «Verás que no es casual que este deseo te haya surgido con ciertos amigos».

El día que empecé el camino para verificar esa intuición tenía un miedo de locos, pero iba decidido porque sentía que toda mi vida estaba en juego. Cuando llego me encuentro con Seve, Francesco, Fabrizio y otros... sin que supiéramos nada unos de otros. Fijaos lo que hace Dios. En el mismo periodo habíamos madurado el mismo deseo. Al cabo de unos meses aparecería también el quinto de nuestro apartamento de universitarios y pensé: «Esto es el paraíso». Porque el paraíso es una amistad que es un paraíso. La amistad vocacional. Nos llamó cuando nacimos, y en cada acontecimiento de nuestra vida nos buscaba para llevarnos allí.

«Con amor eterno te amé, por eso tuve piedad de tu nada» (cf. *Jer* 31,3). Ayer este joven amigo me decía: «Ya no puedo permitirme el lujo de no ser feliz». Y añadió: «Sé que los cristianos también tienen momentos de tristeza, pero con lo que hemos encontrado la tristeza ya no puede vencer». Es una alegría porque ese «con amor eterno te amé» se ha convertido en un encuentro, una cara, una amistad, un camino. Un camino donde el juicio da paso cada vez más a un: «A Ti que me amas, te digo sí, Te amo». Sucede que amas cada vez más a esa Presencia que te hace ser más tú mismo, que te hace apasionarte por tus compañeros de clase, por la profe, por lo que estudias, por lo cotidiano... Introduce una diferencia en tu vida que se nota. La vida se hace hermosa y el dolor se vuelve humano, se puede afrontar. La amistad se hace eterna y el otro, el que está llamado a estar contigo, el otro que aún no Lo conoce y solo espera conocerlo a través de ti, aunque sea en Praga, hasta ese, el otro se convierte en tu hermano. Gracias, perdonad.

SÍNTESIS

Matteo Severgnini

Matteo Severgnini (Seve). Escuchando el testimonio, no dejaba de resonar en mis oídos y en mi corazón: «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción». ¿Podemos dar un juicio más verdadero que este? El afecto que principalmente sostiene la vida entera. Gracias, Francesco.

1. Tu recuerdo me llena de silencio

No podemos negar que estos días hemos vivido la fascinación de algo verdadero. Mejor dicho, de una Presencia verdadera. Desde la primera noche, con el silencio que se impuso mientras entrabáis en este salón, la atención, la tensión durante la introducción, la misa. Y luego la belleza de la excursión y los cantos, el ardor de vuestras preguntas y experiencias en la asamblea, expresando una vida que estalla dentro del corazón, en cualquier circunstancia que nos toque vivir. La amistad de Davide Prosperi, un amigo que nos ha acompañado, nos ha mostrado cómo la promesa de cumplimiento de nuestra vida, en la relación con Jesús, se puede realizar dentro de una dinámica que llena la vida de certeza. O el regalo de anoche, esa explosión de creatividad nueva que provoca el encuentro con Jesús en los cantos de Adriana Mascagni. Y esta mañana, una humanidad cautivada hasta el tuétano por esa novedad que sigue llamando al corazón, al mío y al tuyo. «Yo soy el camino, la verdad y la vida». El corazón, mi humanidad y la tuya fascinadas por el presentimiento de lo verdadero. Francesco ha dicho varias veces: «Había cosas que no entendía, pero las aceptaba porque venían de ese lugar que estaba conquistando centímetro a centímetro, milímetro a milímetro, mi corazón». Dice Giussani: «El camino del Señor es sencillito, como el de Juan y Andrés, Simón y Felipe, que comenzaron a ir detrás de Cristo por curiosidad y deseo. En el fondo, no hay otra vía fuera de esta curiosidad deseosa que es

suscitada por el presentimiento de lo verdadero» (L. Giussani, *In cammino (1992-1998)*, Bur, Milán 2014, p. 367). Ha sucedido algo verdadero. Entonces nos damos cuenta de que el buen Dios nos cuida en cada instante, llama incansablemente a nuestro corazón, provocando continuamente nuestra libertad y nuestro deseo. En una palabra, provocando en el fondo nuestra humanidad, lo que yo soy. Sí, dialoga incesantemente con mi humanidad y la tuya, toma la iniciativa contigo, justo contigo. Entonces dan ganas de repetir, llenos de conmoción, lo que decía Laurencio el eremita: «Entonces comprendí que quizá toda mi vida transcurriría en darme cuenta de lo que me había sucedido [¿qué ha sucedido?, ¿qué te ha sucedido?]. Y tu recuerdo me llena de silencio». De otro modo sería inexplicable: 640 personas entrando en silencio.

2. Para que nuestra alegría sea plena

Nos decía ayer Davide: «Jesús habría podido decidir seguir estando presente Él mismo, pero decidió seguir presente mediante la comunión, mediante la unidad entre los suyos». Estamos aquí juntos, cada uno personalmente, por supuesto, con sus preguntas, sus deseos, a veces con su tristeza, su rabia o incomprensión, pero juntos, en comunión. Ese es el método que eligió Jesús. Nosotros hemos sido queridos, preferidos, juntos, en comunión, como nos contaba Francesco esta mañana. El método que Dios ha elegido es esta comunión, esta unidad que se expresa en una pertenencia. ¡Tú eres mío! «La pertenencia no es el esfuerzo por estar juntos cívicamente, ni el consuelo de quererse normalmente, la pertenencia es llevar a los otros dentro de sí» (Gaber). Comentaba Giussani: «¡Qué sugerentes son estas palabras de Giorgio Gaber! En un pueblo, el genio siempre ilumina aspectos de la existencia, asegurando a todos y cada uno una conciencia más madura de las evidencias y exigencias elementales del corazón». Ayer nos preguntaban: «¿Qué diferencia constatamos en esta compañía, en esta comunión?». No solo compartimos las preguntas del corazón –pues entonces estaría aquí todo el mundo– sino el encuentro con un acontecimiento presente que ha despertado en nosotros un gusto por todo, por el todo, por el significado total de la realidad que ha salido a nuestro encuen-

tro. Ese significado se ha mostrado disponible para que podamos encontrarlo, se ha hecho amable, y haciéndose amable lo ha hecho amable todo, todo de mí y todo de la realidad. Por eso podemos juzgarlo todo personalmente, comunitariamente y públicamente. *Homo sum, humani nihil a me alienum puto* (Terencio, *Heautontimoroumenos*, v. 77). Nada de lo humano me es ajeno. Lo que doy en clase y lo que sucede a mi alrededor, como el terremoto de ayer en Marruecos: más de dos mil víctimas. ¿Qué tiene que ver esto? Como las inundaciones que han vivido tantos amigos nuestros, no sufrido sino vivido. Como un amigo que te pide ayuda. Todo es para mí, puede ser camino a mi conversión, para que yo pueda empezar este camino y pueda convertirme dentro de este amor. Para dejarnos moldear y parecernos más a Aquel que nos ama. Todo es para mí, todo puede ser camino a mi conversión. Poder tomar en serio la pregunta que nos hacía ayer uno de vosotros: «¿Quién soy yo?». Y entonces, «permaneced en mi amor», para que nuestra alegría sea plena. Permanecer en este amor es permanecer en esta comunión para que nuestra alegría sea plena, para que la experiencia del ciento por uno que se nos ha prometido pueda cumplirse, día tras día.

3. Juzgar es el comienzo de la liberación

Ayer uno de vosotros planteaba la cuestión central de este Equipo: «¿Qué quiere decir juzgar? ¿De dónde saco los criterios?». «Si queremos llegar a hacernos adultos, sin resultar engañados, alienados, esclavizados [...] e instrumentalizados, tenemos que habituarnos a confrontarlo todo con la experiencia elemental». Fijaos en lo que dice Giussani: «El desafío más audaz a esa mentalidad que nos domina y que influye en nosotros a todos los efectos –desde la vida del espíritu hasta el vestido– es justamente habituarnos a juzgar todas las cosas a la luz de nuestras evidencias primeras, y no estar a merced de nuestras reacciones ocasionales. [...] Es necesario perforar siempre esas imágenes que nos induce el clima cultural en el que estamos inmersos, bajar a tomar con nuestras propias manos [bajar, es un trabajo] las exigencias y evidencias [fijaos, aquí Giussani es tajante. No solo las exigencias sino las evidencias] originales [dadas, originales quiere decir dadas] y a partir de ellas juzgar y

cribar cada propuesta, cada sugerencia existencial» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, pp. 34-35). Juzgar significa compararlo todo con ese conjunto de exigencias y evidencias que forman mi corazón, la experiencia elemental, y todo lo que sucede y lo que se me dice, todo. Me preguntaréis: «¿Todo es todo?». Todo. «Hombre, pero es que yo a veces, en fin, que no soy tan inteligente...». No, no, no se trata de un proceso intelectual, sino de un proceso de relación, como describía antes Francesco. Pasa continuamente de relación a relación, confrontando todo con ese conjunto de exigencias y evidencias que forman mi corazón, y lo que la realidad me presenta.

«Empecemos a juzgar: es el comienzo de la liberación». Recordando ayer la historia de las inundaciones, usábamos una imagen que me ha impactado mucho, porque Giussani habla de un trabajo del corazón, de una ascesis: la imagen del barro. Hay veces que hace falta una excavadora para quitar ese barro que llega a convertirse casi en cemento. Ese barro también se deposita en nuestro corazón. ¿Cuál es nuestra excavadora? La educación que recibimos. La educación que podemos ofrecer es la educación de esta amistad. Confrontar todo lo que nos pasa con las exigencias y evidencias más profundas de nuestro corazón, es decir con nuestro tejido, con lo que Dios hace y teje en cada instante, que es mi corazón. De hecho, el juicio se expresa como relación entre la realidad y mi corazón. ¿Cómo vivo el estudio, mi relación con mi novio? ¿Habéis oído cómo hablaba Francesco de la relación con su novia? Un juicio que le abría continuamente a un conocimiento nuevo de sí mismo y a un conocimiento de ella. Una libertad, una liberación. ¿Cómo vivo la relación con mi enfermedad, con la rabia que siento, con mis padres, con mis profesores, con mis compañeros, con mi mujer, con mi marido, con mis hijos?

4. El estilo de la misión es el testimonio

Convocados, mandados, enviados. «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis». De ahí nace toda nuestra responsabilidad. Lo que hemos recibido gratis lo damos gratis. Todavía llevo en mis ojos y en mi corazón lo que nos contaba ayer nuestro amigo de Praga.

Decía Roberto: «Yo estoy allí con otros dos, en el corazón de Europa. Yo, con mi temperamento y con otros dos, testimoniando lo que somos». Esta tarde no podemos volver a casa sin pensar que le tenemos allí, como todos los demás, nuestros amigos españoles, nuestros amigos portugueses. ¿Pero no se os ensancha el corazón? Igual que Roberto no puede volver a Praga sin llevarnos en el corazón a todos nosotros. O lo que nos contaba Caterina de su madre, que decía: «He sacrificado mis vacaciones para venir al Meeting de Rímini contigo». Pero estaba contenta. Tenía que ir a ver ese lugar donde su hija está floreciendo, esa sinfonía que su hija está escuchando y que la hace florecer y ponerse a cantar para todos.

Escuchad lo que ha escrito una amiga nuestra, tiene mucho que ver con lo que estamos diciendo. «Es un hecho que vuelve a suceder delante de nosotros. Nuestra amistad es nueva en cada instante porque vuelve a suceder todos los días delante de nuestros ojos [nos vuelve a suceder, no nos lo inventamos, vuelve a suceder delante de nuestros ojos]. Muchas veces puedes pensar como todos que novedad es sinónimo de diferencia, pero sin embargo la belleza más abrumadora muestra justo lo contrario, que la novedad es cuando vuelve a suceder exactamente la misma amistad que había entre los apóstoles y Cristo [como decía antes Francesco]. Yo hoy soy llamada del mismo modo que ellos fueron llamados hace dos mil años [no es un sentimiento, nos decía Davide ayer, sino un hecho]. ¿Por qué y dónde veo suceder esta provocación? La veo nacer en mi compromiso con la vida, con la escuela, con todo. Percibo una preferencia y en vez de objetar, me muevo. Este proceso de reconocimiento del don que es mi vida [juicio, comienza la comparación] se convierte en una responsabilidad que se pone en juego en esos lugares, en el estudio, en el tiempo libre, en las relaciones. Solemos pensar que somos nosotros quienes necesitamos la compañía de los Bachilleres y se nos olvida que los Bachilleres somos nosotros. De otro modo lo convertimos en un ente abstracto fuera de mí al que puedo acudir. Pero no. ¡Caramba! “Bachilleres” soy yo. Yo necesito esta compañía, pero esta compañía también me necesita a mí. Todos estamos llamados a ser protagonistas, cada uno como un apóstol, y así es como se reaviva esa relación con

Cristo de tú a tú. Yo necesito a Dios, pero Dios, para actuar en la historia y conmigo, me necesita a mí, necesita mi sí. Es decir, mis deseos, mis miserias ante la realidad y ante mi propio corazón, que es el instrumento original para captar en la realidad más concreta el sentido universal que la sostiene. Yo quiero obedecer a esta promesa pidiendo una paciencia que supone una atención a cada instante, porque deseo estar continuamente delante de la excepcionalidad que acontece ante mí. Por eso hay amigos que nos sacan de nosotros mismos y nos hacen volver la mirada fuera de nosotros. Pido que esta compañía sea siempre una compañía *vocata*, es decir, llamada, uno a uno, pero juntos».

Un amigo que no está aquí me ha enviado el mensaje de alguien que está aquí. Dice: «Esta felicidad es para siempre, la llevas dentro del corazón. No veo la hora de llevarla a casa, de contarle todo a mis amigos. Quiero que disfruten de todo lo que yo he oído porque son verdades inmensas [el presentimiento de lo verdadero] y tienen que saberlas, tienen que escuchar lo que mi corazón quiere gritar». Testimonio, misión. Lo que mi corazón quiere gritar: la verdad que ha encontrado, la verdad que se ha hecho amable, haciéndolo todo amable. Ahora quiero terminar de forma circular con la cita del papa Francisco que os leía al final de la introducción porque ahora tiene aún más sentido: «Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera. No os quedéis parados» (Audien-
cia a CL, 15 de octubre de 2022)

Introducción	
Paolo Perego	2
<hr/>	
Testimonio	
Francesco Fadigati	4
<hr/>	
Síntesis	
Matteo Severgnini	15

